Dr. Robert A. Peterson, Teología propiamente dicha, Sesión 8, El Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios

© 2024 Robert Peterson y Ted Hildebrandt

Les habla el Dr. Robert A. Peterson en su enseñanza sobre la Teología propiamente dicha o Dios. Esta es la sesión 8. El Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios.

Continuamos nuestra presentación de la deidad de Cristo afirmando que Jesús nos salva en unión con él, trae la era venidera y recibe la devoción que sólo a Dios le corresponde, lo que me hace cuestionar mi recuento. De todos modos, Jesús nos salva en unión con él. La salvación es obra de Dios de principio a fin.

El Padre lo planea antes de la creación, Efesios 1:4 y 5, 2 Timoteo 1:9. El Hijo logra la salvación cuando muere y resucita, Romanos 4:25, 1 Corintios 15:3 y 4. El Espíritu Santo aplica la salvación cuando abre nuestros corazones al evangelio, Hechos 16:14. El Señor abrió el corazón de Lidia para que respondiera a lo que Pablo estaba diciendo, 1 Corintios 12:3. Nadie puede decir que Jesús es Señor en verdad excepto por el Espíritu Santo. El Dios trino consumará la salvación cuando resucite a los muertos para la salvación final.

Romanos 8:11 atribuye esa obra al Espíritu. Hebreos 9:28 al Hijo . Como veremos más adelante, Pablo habla de la aplicación de la salvación como unión con Cristo.

La unión con Cristo es la unión espiritual que el Espíritu Santo hace de los creyentes con Cristo y su salvación. La unión con Cristo es esa obra en particular. Pablo habla de la unión de dos maneras principales.

En primer lugar, habla de estar en Cristo. Esta frase, la mayoría de las veces (no siempre), se refiere a la unión con Cristo. En segundo lugar, Pablo habla de los creyentes unidos a Cristo en sus obras salvadoras, es decir, su muerte (Romanos 6, 2 a 6). Romanos 6, 8. Colosenses 2, 20.

Su resurrección, Romanos 6:4, 5 y 8. Efesios 2:5 y 6. Colosenses 3:1. Su ascensión, fuimos resucitados, ascendimos con él. Colosenses 3:3. Su sesión, nos sentamos con él en el cielo, Efesios 2, 6. Y su segunda venida, Romanos 8:19. Tendremos una revelación, Colosenses 3, 2. Cuando Jesús aparezca, apareceremos con él en gloria.

La unión con Cristo es una manera amplia de hablar de la aplicación de la salvación por parte de Dios a nosotros. Al estar unidos a Cristo, recibimos la regeneración, Efesios 2:4 y 5. La justificación, 2 Corintios 5:21. Filipenses 3:9. Al estar unidos a Cristo, recibimos la adopción, Gálatas 3:26 al 29.

Recibimos perseverancia, Romanos 8:1 y versículos 38, 39. Al estar unidos a Cristo, recibimos resurrección, 1 Corintios 15:22 y glorificación, Colosenses 3:4. Se nos da nueva vida, justicia salvadora, adopción, perseverancia, resurrección y gloria, todo en Cristo, en unión con él. Hemos visto que la unión con Cristo como un aspecto de la salvación es obra únicamente de Dios.

Es el Espíritu Santo quien une a los creyentes en todos los logros espirituales de Cristo. Y esta unión es integral, incluyendo todos los diversos elementos que constituyen la aplicación de la salvación. Pero, ¿cómo constituye esta unión un argumento a favor de la deidad de Cristo? David Wells responde muy bien, citando: hablar de estar en un maestro y de participar a nivel ontológico y ético en las capacidades de ese maestro sería absurdo si ese maestro no fuera divino, cierra la cita.

David Wells , *La persona de Cristo* , página 61. No tiene sentido decir que estamos en el ángel Gabriel o que morimos, fuimos sepultados y resucitamos con el apóstol Pablo. No tiene sentido decir que estamos unidos espiritualmente a simples criaturas, ya sean angelicales o humanas.

El lugar de Cristo en la unión salvadora es el lugar que ocupa únicamente Dios. La unión con Cristo, entonces, es una demostración amplia y poderosa de la deidad de nuestro Señor. Jesús trae la era venidera.

El Nuevo Testamento contrasta la era presente (1 Timoteo 6:17; Tito 2:12) con la era venidera (Marcos 10:30; Lucas 18:30). La era presente, la que transcurre entre la venida de Cristo, mira hacia atrás, al Antiguo Testamento, y hacia adelante, a la era venidera, el escatón. La era presente se caracteriza por el mal (Gálatas 1:4), la ceguera espiritual (2 Corintios 4:4) y la muerte espiritual (Efesios 2:1 y 2). La era venidera se caracteriza por la resurrección (Lucas 20), la vida eterna (Lucas 18:30) y las riquezas de la gracia de Dios (Efesios 2:7). Tengo una mala referencia aquí en mis notas.

Quiero ver si puedo corregirlo rápidamente. Sí, puedo. La referencia a que la era venidera se caracteriza por la resurrección debería estar en Lucas 20:34-36. La era venidera se caracteriza por la resurrección, la vida eterna (Lucas 18:30) y las riquezas de la gracia de Dios (Efesios 2:7). Desde el punto de vista del Antiguo Testamento, el cumplimiento de las eras ya ha llegado.

1 Corintios 10:11, Hebreos 1:2, en estos últimos días. Hebreos 9:26, sorprendentemente, los creyentes que viven en la era presente experimentan los poderes de la era venidera. Hebreos 6:5, un anticipo presente de bendiciones futuras mayores.

Otra distinción clave es la que existe entre el ya y el todavía no. Desde una perspectiva del Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento presenta el ya, el cumplimiento de las predicciones proféticas en la venida de Cristo. Sin embargo, junto con el ya en el Nuevo Testamento está el todavía no, la realidad de que muchas profecías aún están por cumplirse.

La tensión común entre el ya y el todavía no contribuye al carácter especial del Nuevo Testamento. La transición de la era del Antiguo Testamento a la era actual y de la era actual a la era venidera son obra exclusiva de Dios Todopoderoso. Y, sin embargo, es evidente que en el Nuevo Testamento, Jesucristo trae tanto el ya como el todavía no.

De este modo, la Escritura identifica poderosamente a Jesús con Dios. Jesucristo trae consigo ambas eras. Los Evangelios presentan principalmente el ya y el todavía no como la venida del reino de Dios, presente y futuro.

Jesús inaugura el reino en su predicación, pues dice a sus discípulos: “A vosotros os es dado conocer los secretos del reino de los cielos” (Mateo 13:11). Jesús trae el reino en sus exorcismos.

Si por el Espíritu de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios. Mateo 12:28. Jesús, el hijo del hombre, también traerá el reino consumado.

Él regresará en gran gloria, se sentará en su trono glorioso, juzgará a las naciones y asignará destinos eternos. Mateo 25:41, 46. Lo mismo sucede en Hechos.

Allí Jesús, exaltado al cielo, da dones de arrepentimiento y perdón ahora, como dice Pedro: “Dios lo exaltó a su diestra por príncipe y salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (Hechos 5:31). Pero los tiempos de refrigerio, cito, de la presencia del Señor, son futuros.

Y vendrán cuando el Padre envíe “al Cristo predestinado para vosotros, a Jesús, a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta el tiempo de la restauración de todas las cosas, de que hablaron por boca de sus santos profetas que fueron desde tiempos antiguos.” Hechos 3:20 y 21.

En las Epístolas 2, Jesús trae el ya y el todavía no. Dios Padre ya nos ha librado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo amado, en quien tenemos redención, el perdón de los pecados. Cierra la cita.

Colosenses 1:13 y 14. Pero nuestra resurrección ocurrirá solamente cuando Cristo regrese y transfiera el reino al Padre. 1 Corintios 15:22 al 25.

Pero todavía falta el día en que su reino se establecerá externa y eternamente en los nuevos cielos y la nueva tierra. Los creyentes anhelan el día en que el reino del mundo se haya convertido en el reino de nuestro Señor y de su Cristo. Y él reinará por los siglos de los siglos (Apocalipsis 11:15).

El hecho de que Jesús traiga consigo el siglo presente y el siglo venidero, así como el ya existente y el todavía no existente, es una demostración vívida de su deidad. Por último, Jesús recibe la devoción que sólo se debe a Dios. En el contexto del Antiguo Testamento, que ordena adorar al único Dios vivo y verdadero, mientras condena cualquier otro culto, la práctica del Nuevo Testamento es asombrosa.

Sigue afirmando el monoteísmo, pero también afirma que es apropiado y necesario ofrecer devoción religiosa a Jesús. Se le rinde culto, se le alaba en doxologías, se le venera en himnos y se le invoca en oración. Cuatro formas en que el Nuevo Testamento muestra que Jesús recibe la devoción que solo se debe a Dios mismo.

Adoración. La devoción religiosa a Jesús incluye la adoración. Después de sanar a un hombre cojo, Jesús pone sus acciones, incluido el juicio, a la par con las del Padre.

Cita: El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. Juan 5, 22-23. Jesús merece el honor divino por sí mismo.

En Juan 9, un hombre que nació ciego recibe ese honor. Jesús le devuelve la vista y le pregunta si cree en el Hijo del Hombre. Cuando Jesús se identifica como ese Hijo del Hombre, el hombre responde: "Señor, creo".

Y le adora. Versículo 38. Quizá el ejemplo más famoso de adoración en los Evangelios es el de Tomás, quien, cuando se le apareció Cristo resucitado, le exclama, dice en el texto griego, Señor mío y Dios mío.

Digo esto porque las sectas dicen que Tomás dijo algo como, oh Dios mío, a modo de exclamación. En concreto, Juan escribió, y Tomás le dijo, mi Señor y mi Dios. Pablo enseña que un día todos se inclinarán ante Jesús y confesarán su señorío.

Filipenses 2:9-11. El contexto de Isaías 45 deja en claro que todos se inclinarán, pero quienes odian a Dios serán condenados, mientras que solo los israelitas espirituales serán salvos. Isaías 45:23-25.

Filipenses 2:10-11. Hebreos 1 enseña que el Padre ordena a los ángeles que adoren al Hijo. Que todos los ángeles de Dios lo adoren.

Hebreos 1:6. El escritor habla de la sesión de Cristo, de su sentarse en el mundo celestial, como lo demuestra el contexto circundante. Cuando el Hijo victorioso

regresa a la presencia de Dios, hay mucha adoración en el cielo. Los ángeles buenos se relacionan con Cristo, no como con un igual, sino como criaturas con su Creador.

Lo adoran. El Apocalipsis también habla de la adoración a Cristo. Juan introduce su designación favorita para Cristo, el cordero, en el capítulo 5, y describe la adoración.

Jesús es como “un cordero en pie, como inmolado”, ante el cual los ángeles y los dirigentes, entre comillas, se postraron, cierran con comillas, en adoración. Versículo 6, 8, versículo 8. Véase también 4:10. Le cantan un cántico de adoración, después del cual, acompañados por innumerables ángeles, claman, entre comillas, con voz fuerte, una doxología al cordero.

De hecho, repiten la adoración y atribuyen al Padre y al Hijo, citan, bendición y honra y gloria y poder por los siglos de los siglos. Apocalipsis 5:11 al 13. Los seres humanos redimidos y los ángeles buenos se niegan a ser adorados.

Hechos 14:11 al 16, Pablo y Bernabé. Apocalipsis 19:10 y 22:8 y 9. Los ángeles ante los cuales Juan simplemente se derrumba. Levántate, le dicen.

Ni siquiera nos deis la impresión de adoración. Somos consiervos de Dios, vuestros. Adoramos a Dios.

Pero Jesús es el Señor y con razón acepta la adoración de los seres humanos y de los ángeles. Doxologías. La devoción religiosa a Jesús incluye doxologías, es decir, declaraciones litúrgicas de alabanza y adoración.

Pedro escribe y cita: Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea la gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.

2 Pedro 3:18. Véase también Hebreos 13:20 y 21. Apocalipsis hace lo mismo cuando Juan presenta ángeles y seres humanos alabando a Cristo, gritando: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”.

Apocalipsis 5:12. Sólo Dios es el sujeto de las doxologías. Y en Hebreos 13:20 y 21 y 2 Pedro 3:18, sólo Jesús es alabado.

Himnos. La devoción religiosa a Jesús incluye el canto de himnos. Pablo manda que seamos llenos del Espíritu, dirigiéndonos unos a otros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor con nuestro corazón.

Efesios 5:18, 19. En este caso, el canto cristiano se dirige al Señor en referencia a Cristo. Los himnos se dirigen a Cristo, lo que subraya aún más su deidad.

Oraciones. Nuestra última demostración de devoción religiosa a Jesús es que en el Nuevo Testamento se le ofrecen oraciones. La devoción religiosa a Jesús incluye oraciones.

Jesús dice, y cita: todo lo que pidieréis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Juan 14:13. Pedir en el nombre de Jesús es acercarse al Padre con confianza, basados en la obra de Jesús.

Véase Juan 16:23-24. Los discípulos también deben preguntarle al Hijo mismo, citando: Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré. Juan 14:14.

El padre y el hijo son igualmente objeto de la oración cristiana. Encontramos lo mismo en otros libros del Nuevo Testamento. La gente reza a Jesús como rezaría a Dios.

Esteban, mientras lo apedreaban hasta la muerte, clama: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”, Hechos 7:59. La Biblia termina con una oración a Jesús. Después de que Juan registra las palabras de Jesús, “Seguro que vengo pronto”, Apocalipsis 22:20, añade una oración a Cristo: “Amén”. “Ven, Señor Jesús”.

Conclusión. Dos negaciones históricas significativas de la deidad de Cristo merecen ser mencionadas: el ebionismo y el arrianismo. Ya les he dicho por qué a nosotros, los profesores y los profesores jubilados, nos gustan estas herejías extrañas con nombres que suenan esotéricos, porque nos mantienen empleados, ya que ustedes nos necesitan.

El ebionismo era una negación monoteísta judía de que Cristo es Dios. Sostenía que en el bautismo de Jesús, Cristo ascendió sobre Jesús en forma de paloma. Cerca del final de la vida de Jesús, Cristo se apartó de él.

A diferencia del ebionismo, el arrianismo surgió dentro de la iglesia. Arrio, que murió en el año 336 y de quien se le dio el nombre a la herejía, era un anciano de la iglesia de Alejandría. Subrayando la absoluta unicidad y trascendencia de Dios, negó la plena deidad de Cristo.

En cambio, sostuvo que Cristo, el Verbo, el Hijo, era la primera y más alta criatura de Dios. El Padre obró y obra a través del Verbo. Pero a diferencia de Dios, el Verbo tuvo un principio.

El Hijo es distinto en esencia del Padre. Todas estas fueron las afirmaciones de Arrio de Alejandría. El Concilio de Nicea de 325 condenó con razón el arrianismo como herejía al afirmar la deidad de Cristo.

El Credo del Concilio de Nicea se llama comúnmente Credo Niceno. Lo repasamos una vez más. Creemos en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas visibles e invisibles.

Y creemos en un solo Señor, Jesucristo, Hijo de Dios, unigénito, engendrado por el Padre antes de todos los siglos, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre, por quien todo fue hecho, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió del cielo y se encarnó por obra del Espíritu Santo en Santa María la Virgen, se hizo hombre, fue crucificado por nosotros bajo el poder de Poncio Pilato, padeció y fue sepultado, resucitó al tercer día según las Escrituras, subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre, y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin. No leeré el resto del Credo porque ya lo habíamos leído antes , y acabo de terminar de leer la parte cristológica.

La Iglesia enseña correctamente la deidad de Cristo porque la Escritura lo hace con claridad. El Nuevo Testamento identifica a Jesús con Dios. Jesús realiza la comunión con él.

Jesús anuncia la era venidera. Jesús recibe la devoción que sólo a Dios corresponde. De hecho, Jesús da testimonio de su propia deidad.

No hacemos de esto una categoría aparte porque abarca las cinco categorías. Jesús se identifica con Dios cuando aplica pasajes del Antiguo Testamento a sí mismo (Apocalipsis 1:17 y 18).

Dice que hace las obras de Dios: el juicio, Juan 5:22, 23; la resurrección de los muertos, Juan 5:28, 29.

Y asignando destinos finales, Mateo 25:31 al 46. Jesús salva a los creyentes que están en unión con él. Juan 14:20 y 17:23.

Jesús dice que él trae la era venidera. Mateo 12:28, 25, 34, 41. Y recibe la devoción que sólo se debe a Dios.

Juan 14:13 y 14. Juan 20:28. Amén y amén.

Hemos demostrado que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento confiesan que existe un solo Dios. Además, hemos presentado un caso a favor de la deidad del Padre y otro a favor de la deidad del Hijo. Queda por hablar de la deidad del Espíritu Santo.

Al hacerlo, debemos mencionar brevemente que el material que se encuentra aquí es más escaso que el que se encuentra en relación con el Padre, que está por todas

partes, y también en relación con el Hijo, que también es muy frecuente. Mucho más frecuente que la deidad del Espíritu. ¿Cómo explicamos esto? Porque el Hijo es el Salvador, y creemos en él para salvación.

No creemos en el Espíritu Santo para salvación. El Espíritu Santo nos permite creer en Cristo para salvación y realizar funciones especiales, pero no es el Salvador. No murió ni resucitó por nosotros, y no es el objeto de la fe salvadora.

En la historia bíblica, Dios es el director y el productor, por así decirlo. Cristo es la estrella, no el Espíritu. Nosotros somos coprotagonistas, y el Espíritu es un actor secundario, supongo que diríamos, sin intención de deshonrar al Espíritu Santo, quien, como el Padre y el Hijo, es Dios mismo, miembro de la Santísima Trinidad por siempre.

Alabado sea el Señor. Antes de hablar de la deidad del Espíritu y de las pruebas que la respaldan, debemos decir rápidamente que el Espíritu Santo es una persona y no una mera fuerza. Las Escrituras presentan al Espíritu Santo como una persona, no como una fuerza impersonal.

El Espíritu es personal, como se ve en cómo tiene rasgos personales, lleva a cabo ministerios personales y se ve afectado como persona. El Espíritu tiene rasgos personales. Hay un pequeño problema con mis notas, por el cual me disculpo.

Los elementos de la personalidad son la inteligencia, la voluntad y la emoción, y las Escrituras atribuyen los tres al Espíritu. El Espíritu tiene inteligencia, pues Jesús promete que el Espíritu hablará a través de sus discípulos cuando sean perseguidos por causa de Jesús (Mateo 10:19 y 20). Jesús promete que, después de regresar al Padre, el Espíritu enseñará a los discípulos, les recordará las palabras de Jesús (Juan 14:26) y los guiará a toda la verdad (Juan 16:13).

Pablo enseña que sólo el Espíritu, cita, conoce los pensamientos de Dios, 1 Corintios 2:11. El Espíritu tiene voluntad, porque aunque a los creyentes se les dice que busquen los dones espirituales, cita, uno y el mismo Espíritu está activo en todos estos dones, distribuyendo a cada persona como él, el Espíritu, quiere, 1 Corintios 12:11. El Espíritu asigna los dones espirituales como le parece conveniente.

El Espíritu tiene emoción, porque sólo las personas pueden ser contristadas, y Pablo dice que el Espíritu puede ser contristado. Él advierte: no contristéis al Espíritu Santo de Dios. Fuisteis sellados por él para el día de la redención.

El Espíritu Santo realiza ministerios personales. El Espíritu realiza ministerios que sólo las personas realizan. Sí, es otro silogismo.

Las personas desempeñan determinados ministerios. El Espíritu desempeña algunos de esos ministerios. Por lo tanto, el Espíritu es una persona.

En realidad, la primera línea debería ser que sólo las personas desempeñan ciertos ministerios. Jesús dijo: Yo rogaré al Padre, y él os dará otro consejero para que esté con vosotros para siempre, para que esté con vosotros para siempre, Juan 14:16.

El Espíritu perpetúa la enseñanza de Jesús, da testimonio de él y lo glorifica. Él tomará de lo que su mente, Jesús dice, y se lo anunciará a ustedes, Juan 16:14. Cuando venga el Consolador, el que yo les enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí, Juan 15:26.

Él me glorificará, Juan 16:14. Las fuerzas impersonales no convencen a la gente de pecado, sino el Espíritu, como dice Jesús. Cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio, Juan 16:18.

Pablo también enseña lo mismo. El Espíritu mismo, cito, intercede por nosotros con gemidos no expresados, Romanos 8:26 . El Espíritu nos asegura.

Él mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, Romanos 8, 16. Y él da vida, cita, la letra mata, pero el Espíritu da vida, cita cerrada, 2 Corintios 3:6. Se puede blasfemar contra el Espíritu Santo, Marcos 3:29. Se le puede mentir, Hechos 5:3. Se le puede poner a prueba, versículo 9. Se le puede resistir, Hechos 7:51.

Contristados, Efesios 4:30. Apagados, 1 Tesalonicenses 5:19. Y ultrajados, Hebreos 10:29.

Es decir, se ve afectado como se ve afectada una persona. En suma, el Espíritu Santo no es una fuerza impersonal, sino una persona a quien los creyentes conocen, como predice Jesús, Juan 14:17. Ustedes sí lo conocen porque él permanece con ustedes y estará en ustedes, Juan 14:17.

Y él es una persona con la que tenemos comunión, cito, la gracia del Señor Jesucristo y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos ustedes, 2 Corintios 13:13. Habiendo puesto ese fundamento para afirmar que el Espíritu es una persona, no meramente una fuerza, es una persona poderosa, una persona poderosa, pero no es una mera fuerza. Es una persona que es poderosa, entre otras cosas.

Ahora afirmamos nuestro punto principal: el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios. El Espíritu Santo es una persona, incluso una persona divina. Él es Dios.

La deidad del Espíritu, aunque no es tan prominente como la deidad de Cristo por las razones ya mencionadas, se ve, no obstante, en que posee cualidades divinas, en primer lugar, hace obras divinas, en segundo lugar, y tiene un nombre intercambiable con el nombre de Dios, en tercer lugar. El Espíritu tiene cualidades divinas. Las Escrituras le atribuyen cualidades que sólo Dios posee, entre ellas la verdad, la santidad, el poder, el conocimiento y la eternidad.

Dos de las cualidades divinas del Espíritu están ligadas a sus nombres. Él es, cito, el Espíritu de verdad (Juan 14:17, Juan 15:26, Juan 16:13), porque hace la obra de Dios de revelar a Jesús a sus discípulos (Juan 15:26 y 16:13 al 15). Además, es el Espíritu Santo porque su nombre lo conecta con la santidad de Dios de una manera que solo es apropiada para Dios mismo.

La verdad y la santidad, entonces, están ligadas al nombre del Espíritu para mostrar que es una persona divina. Cuando el Espíritu Santo obra poderosamente a través de Pablo para realizar milagros apostólicos, Romanos 15:19, revela su poder divino. Además, el Espíritu posee conocimiento divino porque sólo el Espíritu lo escudriña todo, incluso las profundidades de Dios, 1 Corintios 2:0. El Espíritu Santo también posee el atributo divino de la eternidad, como demuestra Hebreos cuando vincula al Espíritu con el sacrificio de Cristo.

Él, cito, Jesús, cito, por medio del Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, Hebreos 9:14 . El Espíritu Santo hace obras divinas. El Espíritu realiza ciertas obras que sólo Dios hace. El Espíritu desempeña un papel en la obra de la creación, Génesis 1:1 y 2, y en la producción de la Sagrada Escritura, 2 Pedro 1:20 a 21.

Pero su obra más famosa trata de la salvación. El Espíritu resucita a Jesús de entre los muertos. Aunque las Escrituras suelen atribuir esta obra al Padre, el Espíritu Santo también tiene un papel que desempeñar.

De hecho, Jesús, cita, fue designado para ser el Hijo poderoso de Dios según el Espíritu de santidad por la resurrección de entre los muertos, Romanos 1:4. Dios el Espíritu también aplica nuestra salvación. Nos une a Cristo, 1 Corintios 12:13. Nos aplica la adopción, Romanos 8:15. La regeneración, Juan 3:8, Tito 3:5. El Espíritu nos aplica la santificación, 2 Tesalonicenses 2:13, y la justificación, 1 Corintios 6:11. El Espíritu también juega un papel en resucitarnos de entre los muertos, Romanos 8:11. De hecho, tener el Espíritu es sinónimo de tener salvación, cita, si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece, Romanos 8:9. Solo Dios mora en su pueblo. Jesús predice que el Espíritu morará en nosotros, Juan 14:16-18. Y en al menos seis lugares, Pablo dice que el Espíritu Santo mora en el pueblo de Dios, Romanos 8:9 y 11, 1 Corintios 3:16, 6:19, 2 Corintios 1:21-22, 2 Timoteo 1:14. En Jesús predijo que el Espíritu lo haría, Juan 14:16-17. En seis lugares, Pablo dice que esa predicción se cumplió, Romanos 8:9 y 8:11, 1 Corintios 3:16 y 6:19, 2 Corintios 1:21-22, 2 Timoteo 1:14. El nombre del Espíritu es intercambiable con el nombre de Dios.

Lucas da a entender esto en Hechos 5, cuando Pedro confronta a Ananías y Safira por sus mentiras. Pedro reprende a Ananías y dice que cuando miente al Espíritu Santo, no miente a los hombres, sino a Dios (versículos 3 y 4). Pedro enseña que los cristianos son templo de Dios (1 Corintios 3:16) y templo del Espíritu Santo (6:19). El Espíritu, por tanto, es intercambiable con Dios. Su nombre se equipara al de Dios.

El Espíritu Santo, además, es una persona de la Trinidad. El Espíritu es distinto del Padre y del Hijo, pero es igual a ellos. Está asociado con el Padre y el Hijo como sólo Dios puede estarlo.

El Espíritu es distinto del Padre y del Hijo. Los Evangelios, las Epístolas y el Apocalipsis lo demuestran. El Espíritu es una persona distinta de la Deidad.

Después del bautismo de Jesús, los cielos, cito textualmente, se abrieron de repente para él, y vio al Espíritu de Dios que descendía como una paloma y descendía sobre él. Y se oyó una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia. Mateo 3:16-17. El Padre, el Hijo y el Espíritu están presentes simultáneamente en el bautismo de Jesús.

Jesús sale del agua, el Espíritu desciende sobre él y el Padre le pronuncia palabras de amor y de alegría. Al final del Evangelio de Juan, el Cristo resucitado bendice a sus discípulos. La paz esté con ustedes.

Como el Padre me envió, así también yo os envió. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. Juan 20:21-22. Al enviar a los discípulos, Jesús se distingue del Padre que lo envió.

Y en una acción profética, les infunde el Espíritu Santo para capacitarlos para predicar el Evangelio. Aquí estamos mostrando que, consistentemente, el Espíritu no se confunde con el Padre y el Hijo, sino que se distingue de ellos, se presenta como distinto de ellos. Después de declarar que todas las promesas de Dios encontraron su cumplimiento en Cristo, Pablo escribe, y cita: Ahora es Dios quien nos fortalece juntamente con ustedes en Cristo y quien nos ha ungido.

Él también nos ha marcado con su sello y nos ha dado el Espíritu en nuestros corazones como garantía. 2 Corintios 1:21-22. Mientras se defiende de los ataques del adversario con palabras de seguridad, el Apóstol distingue a Dios Padre, Cristo y el Espíritu. En el Apocalipsis, que tiene características de profecía y de epístola, Juan comienza con un saludo.

A las siete iglesias de Asia les escribió: Gracia y paz a vosotros, de parte del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono, y de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, y el soberano de los

reyes de la tierra. Apocalipsis 1:4-5. Junto con Jesucristo, encontramos al eterno en el trono, Dios el Padre, y a los siete espíritus, el Espíritu Santo. Los siete espíritus y los siete espíritus de Dios, Apocalipsis 4:5 y 5:6 son, cito, designaciones figurativas para la obra eficaz del Espíritu Santo, ya que esta es la identificación característica del Espíritu en el Nuevo Testamento cuando se encuentra en conjunción con o como parte de una fórmula aparente con Dios y Cristo.

Esa es una cita de la monumental obra de Gregory Beal, El libro del Apocalipsis, página 189. Todas las partes del Nuevo Testamento distinguen entonces entre Padre, Hijo y Espíritu Santo. Nos enseñan a no confundir a las personas.

No ponemos al Padre ni al Espíritu en la cruz, por ejemplo. Las tres personas trinitarias son distintas, pero misteriosamente también son iguales. Esto se prueba cuando la Escritura asocia al Espíritu con las otras dos personas de modo que implica su deidad.

El Espíritu Santo está asociado con el Padre y el Hijo, como sólo Dios puede estarlo. Este es el último punto de la lección de hoy. Antes de su ascensión, el Cristo resucitado dio una gran comisión a su iglesia, diciendo a los discípulos que hicieran otros discípulos que bautizaran y enseñaran a todas las naciones.

Los creyentes deben ser bautizados, como se dice en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mateo 28:19). El Espíritu se combina aquí con las otras dos personas de la Trinidad de una manera que sólo es propia de Dios. No tiene sentido hablar de bautismo en nombre de un apóstol.

Pablo niega precisamente esto en 1 Corintios 1:13. Nadie fue bautizado en mi nombre, dice, ni en el nombre de un ángel. En ningún lugar de la Biblia se menciona que nadie es bautizado en el nombre de un ángel. Más bien, el bautismo se realiza en el nombre del Dios Trino.

Así, el Espíritu se asocia a las otras dos personas trinitarias como sólo Dios puede asociarse. Pablo escribe: hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de servicios, pero el Señor es el mismo.

Hay diversidad de actividades, pero es el mismo Dios quien capacita a todos. 1 Corintios 12:4-6. Pablo enseña que hay diversidad de dones, servicios y actividades, pero el mismo Espíritu Santo, el mismo Señor Jesús y el mismo Dios Padre.

Es decir, la unidad de las personas de la Trinidad sustenta los ministerios de la iglesia. El Espíritu otorga diferentes dones espirituales, que se utilizan en diferentes tipos de servicio que se realizan para el Señor Jesús, y que dan como resultado diferentes actividades realizadas por el Padre. El Espíritu Santo está vinculado a las otras dos personas trinitarias en varios aspectos de la vida de la iglesia.

Sólo Dios da dones espirituales, y aquí se le llama el mismo Espíritu. 1 Corintios 12:4. La bendición más famosa de Pablo es “la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros”. 2 Corintios 13:13 muestra la deidad del Espíritu.

Aquí, Cristo es la fuente de gracia para el pueblo de Dios. El Padre es la fuente del amor y el Espíritu es la fuente de la comunión. Las bendiciones divinas son dadas por el Hijo, el Padre y el Espíritu.

Si Dios quiere, en nuestra próxima conferencia continuaremos con la doctrina de la Trinidad y pasaremos a los atributos de Dios. Les

habla el Dr. Robert A. Peterson en su enseñanza sobre la Teología propiamente dicha o Dios. Esta es la sesión 8. El Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios.